

# CHIQUILLOS

Suplemento infantil de LAS NOTICIAS

Año VII. — Núm. 411

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Barcelona, 6 de Septiembre de 1936

## Impresionabilidad del cerebro

### 180 pensamientos por minuto

Suponen los fisiólogos que basta una tercera parte de segundo para producir una impresión en el cerebro; es decir, que un hombre que viviese cien años habría recogido entre los repliegues de su cerebro por lo menos 9.467.280.000 de impresiones.

Si descontamos una tercera parte de su vida para el sueño, aún tendríamos 6.331.520.000 impresiones.

Un hombre a los cincuenta años ha recibido o producido 3.155.760.000 impresiones.

Suponiendo que por término medio el cerebro pese 1.600 gramos, y deduciendo una cuarta parte del peso, por la sangre y vasos sanguíneos, y otra cuarta parte para los tegumentos, veremos que cada gramo de materia cerebral contiene 206,542 huellas de impresiones o ideas.

## Mascar y fumar

### El tabaco entre los esquimales

Probablemente no hay pueblo más original que el esquimal en la manera de usar el tabaco.

Distinguen muy bien el bueno del malo y les encanta mascarlos, costumbre extendida entre hombres, mujeres y niños, quienes constantemente tienen en la boca una enorme bola de tabaco.

Con objeto de que les dure más, cortan las pastillas de tabaco prensado que se usan para mascar en pedacitos muy pequeños y lo mezclan con madera mechada y casi pulverizada. La madera que generalmente utilizan para esto es la de sauce, por el olor ligeramente aromático que tiene.

Dos partes de tabaco y una de madera hacen para el esquimal una excelente mezcla, que les sirve tanto para mascar como para fumar.

Esta operación la hacen de la manera más original.

El fumador, después de limpiar bien la cabeza de la pipa con un hueso, hace una bolita con pelos de renigifero y la mete en el fondo con objeto de que al chupar no pase ningún pedacito de madera o de tabaco y obstruya el tubo de la pipa. Después la llena con la mezcla

## GANARÁS EL PAN...

### La pesca de aves con lazo

Separada por completo del archipiélago de las Hébridas, a unas cincuenta millas al oeste de la isla de Harris, encuéntrase aislado en medio del Atlántico, cuyo oleaje azota sus costas con constante furia, el pequeño islote de Saint Kilda; notable por los casi inaccesibles acantilados que forman su contorno. En Saint Kilda hay habitantes, aunque el islote parezca el sitio menos idóneo para ser habitado. Son en todo un centenar de almas, de verdaderos hijos del mar, que llevan allí una vida de alejamiento del mundo que causaría la admiración de un anacoreta. Pero si la población humana es reducida, no ocurre lo mismo con la población animal o, hablando más exactamente, con la población ornitológica.

Los peñascales que forman la costa de Saint Kilda, son el sitio más adecuado para criar las aves marinas, y, en efecto, éstas abundan que es un contento en aquellos abruptos acantilados. Las bubias o aves leccas, de largo pico y nítido plumaje, los ridículos frailecillos, cuyo pico se cubre en la estación de los amores con una corteza de colorines chillones, las oscuras urias, las vulgares gaviotas, los diminutos petreles que al volar parecen realizar el milagro de correr sobre las olas, anidan entre aquellas rocas a millares, formando verdaderas colonias que animan con sus vuelos y sus graznidos de variada modulación la soledad de aquellos parajes, rara vez frecuentados por los buques.

Naturalmente, para los habitan-

indicada. Entonces se enciende el tabaco y todo él queda consumido en dos o tres enormes chupadas, cuyo humo es tragado por completo.

Este tabaco es tan fuerte, que los esquimales casi siempre después de cada pipada tosen, las lágrimas aparecen en sus ojos y se emborachan fuertemente. En general, quedan postrados después de consumir una pipa.

La ceniza del tabaco no la tiran, sino que se la comen con gusto; sin duda les parece muy sabrosa la posata que contiene.

tes de Saint Kilda, que no son aves, la vida en aquel aislado peñasco es algo dura. Robinsones a perpetuidad, véanse obligados a buscar los medios de vida entre las aves marinas, y así la caza de éstas y la busca de sus huevos constituyen sus principales ocupaciones.

Para la segunda, no hay realmente grandes dificultades, fuera de la no pequeña que supone el ir y venir por las moles de roca cortadas casi a pico. Cualquiera isleño podría, ciertamente, dar lecciones al más hábil alpinista. Desde niños, todos los hombres de Saint Kilda están familiarizados con la cuerda alpina y con la contemplación del abismo.

Pero en cuanto a la caza de las aves, la cosa ya varía, y es necesario recurrir a procedimientos especiales y tener en ellos una destreza más especial todavía. Desde luego, no se puede soñar en cazarlos a tiro. Los isleños de Saint Kilda no son lo bastante ricos para permitirse ese lujo, y aunque lo fueran, no cazarían de ese modo. Un disparo entre las rocas de la costa, cuyos cóncavos reproducirían cien veces el eco, bastaría para alejar a toda la alada colonia, y lo más probable es que la única víctima, si es que había alguna, cayese al agua o al fondo de alguna grieta inaccesible. No; el isleño de Saint Kilda sabe hacerlo mejor, caza con lazo o, más bien, pesca con lazo, porque pone el nudo corredizo en el extremo de una caña de pescar, que maneja exactamente como un pescador.

Puesto en acecho entre las rocas, se acerca poco a poco hacia las aves hasta que las tiene a su alcance, alarga su caña poco a poco y — ¡zas! — vuelve a levantarla con un ave marina debatiéndose en su agonía al extremo del sedal. Las demás aves no han visto nada, no han oído nada. Si acaso, un graznido y un breve aleteo que a nadie extrañan. La caza puede continuar.

Y el audaz cazador arriesga así diariamente su vida aventurándose en las rocas más abruptas y resbaladizas. Pero la vida en Saint Kilda es dura, y no hay otro medio de atender al diario sustento.

## ORNITOLOGÍA

### Cómo se bañan los pájaros

Tienen las aves variadas maneras de hacerse el tocado. Algunos pájaros usan solamente el agua, otros agua y arena o polvo, y otros desprecian el agua y acuden a la tierra. Los pájaros no son muy exigentes en la clase de agua que utilizan para bañarse, pero sí lo son en la cuestión de tierra, arena o polvo.

Las ánades, aunque sean marinas, prefieren bañarse con agua dulce, y recorren a vuelo grandes distancias en busca de estanques, ríos o lagunas donde lavar su cuerpo en las primeras horas de la mañana.

Los gorriones se bañan con frecuencia con agua y polvo. El gorrion casero o de las ciudades se baña en un charco, en una poza o en donde encuentra agua, pero en cambio es muy delicado en la elección de la tierra con que termina su tocado. Las perdices prefieren la tierra arcillosa seca.

## Su nombre les bastaba

### No querían títulos

En la plenitud de su fama, el célebre compositor Verdi leyó en los periódicos que el rey de Italia le había otorgado el título de marqués de Busseto. Al enterarse el músico, tomó la pluma y escribió al minuto la siguiente carta:

"He leído que acaban de hacerme marqués. Le suplico que haga todo lo que esté en su poder para que no tenga efecto tal nombramiento. Es probable que el porvenir se acuerde de mí, pero mi recuerdo durará más si no soy marqués."

Verdi decía que había pasado sesenta años trabajando para hacer ilustre el nombre de Verdi, y que no quería perder este trabajo por el nombre desconocido de marqués de Busseto.

Poco antes de esto, el príncipe de Bismark fué relevado de su cargo por el joven emperador Guillermo, recibiendo al mismo tiempo el título de duque de Lanenburg.

No rehusó, como Verdi, el tal honor, pero lo aceptó con la sarcástica observación de que le venía bien para cuando quisiese viajar de incógnito.

## EL TESORO DEL PIRATA



Con emoción se despidieron todos del viejo pirata que tantas muestras de amistad y de fidelidad les había dado siempre.

—No hay que afligirse — decía el viejo —; Barbanegra gastará por lo menos una semana en hacer sus preparativos..., mientras tanto le tomo la delantera y llevo antes que él a Charleston.

Prudencia lloró abundantemente al ver al viejo embarcarse para ese viaje tan peligroso en la frágil canoa. Hands, emocionado también con la despedida, se volvió a Scud y le dijo:

—Dile tú al capitán Teach que me viste ahogándome en la ría y no pudiste salvarme. No sufrirá por eso, ciertamente.

Y así, a la luz de la luna, se hizo a la vela el viajero solitario; aquel viejo casi inválido que había pasado su vida entera en la ruda e inmisericorde lucha del pirata, pero cuyo corazón no se había endurecido por completo. Salía ahora dispuesto a sacrificarse por esos amigos de quienes recibió el don desconocido del carifio. Mientras tanto, en el fuerte de la isla, el pirata Barbanegra y sus secuaces celebraban por anticipado con ruidosa orgía el proyectado ataque a la ciudad de Charleston. Era de oír los planes que hacía en medio de sonoras carcajadas y con los ojos frunidos siniestramente por el alcohol.

AVENTURAS AUTÉNTICAS

# Prisionero bajo el mar

El descenso a los pozos de mina abandonados es operación arriesgada — escribe el mecánico Mr. E. King, protagonista de esta aventura —, pero ni yo ni ninguno de los que por nuestra profesión tenemos que realizarlo, nos detenemos a pensar si volveremos a salir a la superficie de la tierra cuando emprendemos el descenso.

El trabajo se realiza del modo que voy a explicar. La bomba, que suele ser un gran aparato de metal de varias toneladas de peso, se baja al fondo del pozo por medio de una cadena y el hombre encargado de su instalación desciende montado en un trozo de madera o sentado en un cubo pendiente de una cuerda. El vapor necesario para el funcionamiento de la bomba baja por un tubo flexible fijo a la bomba con unas abrazaderas de metal. El individuo que desciende al pozo no tiene más medios de comunicación con la superficie que las señales que puede hacer por medio de un breve código de golpes en el cubo, cuyo ruido se oye perfectamente en la boca del pozo.

Íntil es decir que cuando se baja a un pozo de esta clase no se sabe qué se va a encontrar en él, pues tan frecuente es que no pasa nada, como que sobrevenga un desprendimiento o el cubo se vuelque y el obrero caiga de cabeza.

Hace diez y ocho o diez y nueve años, estaban construyendo un nuevo rompeolas en Ramsgate y los contratistas pidieron a la casa a que yo pertenecía una bomba y un mecánico, y fui yo. No lejos del mar habían hecho un pozo de unos dos metros y medio de diámetro por veintisiete de profundidad, desde cuyo fondo partían dos galerías que ascendían ligeramente. Estas galerías, que se extendían bajo la playa, se habían llenado de agua del mar, impidiendo trabajar en ellas, por lo cual había que sacar el agua con la bomba y conservarla funcionando para que no se inundasen de nuevo, sobre todo en la pleamar.

Bajada la bomba con el cable, enchufé el tubo de vapor y la puse en marcha. La operación se realizó perfectamente durante una hora. A medida que bajaba el nivel del agua, bajábamos la bomba y la obra progresaba, pero cuando estábamos bajando el aparato por tercera vez cayó al pozo un tablón que había en la boca del pozo, e inmediatamente la bomba comenzó a rendir menor cantidad de agua, indudablemente porque el golpe del tablón le había causado alguna avería, cuya reparación me obligaba a descender. En las paredes del pozo habían puesto unas escalerillas para que bajasen y subiesen los obreros, y por ellas descendí.

Cuando llegué a la bomba me encontré con que había bajado tanto el nivel del agua, que ya quedaban al descubierto tres cuartas partes

de la altura de las galerías. El tablón en su caída había chocado violentamente con el tubo del vapor en su punto de unión con la bomba, y había aflojado uno de los sujetadores del tubo y se salió el vapor. En el fondo del pozo estaba casi a oscuras y mi lámpara daba poca luz, pero se distinguían las entradas de los túneles.

Yo no podía colocar el sujetador sin que cortasen arriba la salida del vapor, para lo cual tenía que subir yo a la superficie, por la imposibilidad de que oyesen mis señales desde abajo. En aquellos momentos, la bomba estaba sacando agua de una poza abierta en el fondo del pozo, de unos tres metros de profundidad, y para ver el daño causado por la caída del tablón, me había separado de la escalera y me había acercado al borde de la poza, donde el agua no me llegaba más que a las rodillas.

Al volverme para tomar la escalera sonó una gran detonación seguida de un terrible redoble. Se me apagó la lámpara y el pozo se llenó de vapor inmediatamente. Sin darme cuenta exacta de lo acaecido, corrí como un loco hacia donde suponía que se hallaba la escalera, pero me desorienté y me encontré en la entrada de una de las galerías. Sabía que si titubeaba un segundo moriría escaldado por el vapor recalentado, y corrí por la galería, tropezando en las desigualdades del suelo, y dándome golpes en la cabeza con el techo, pues la galería tenía menos de dos metros de alto. Además me hallaba completamente a oscuras.

El ruido infernal continuaba en el pozo. Todo el que haya oído el ruido del vapor al escaparse por la válvula de seguridad de una locomotora, multiplíquelo por ciento y tendrá una ligera idea del que producía el vapor que salía por el tubo, desprendido sin duda de la bomba. El espantoso ruido paralizaba mi cerebro, y sólo podía taparme los oídos con las manos.

El aire de la galería comenzó a caldearse, y las ráfagas de vapor abrasador que llegaba hasta mí me obligaron a internarme más y más en mi posición hasta que llegué a un extremo y allí me acurrugué, a treinta metros bajo el mar y a sesenta de la boca del pozo, de la cual me conservaba separado el vapor abrasador.

De repente cesó el ruido. ¡Habían cerrado el paso del vapor! Siguió un silencio absoluto, un silencio casi tan espantoso como el ruido. Creí que me había quedado sordo y realmente, cuando me moví no sentí ningún ruido. Pasados unos cuantos segundos logré rehacerme y corrí locamente hacia la boca de la galería. El agua entorpecía mi marcha y temía que en cualquier momento volviesen a dar salida al vapor. Además, a medida que avanzaba, bajando la pendiente que for-

## Dibujo



Para ver quien es el personaje que está en el centro de este cuadro, basta trazar una línea continua que enlace todos los puntos por orden numérico.

maba la galería, encontraba más alto el nivel del agua. Primeramente me llegaba a las rodillas; luego, me alcanzaba la cintura. Tropecé con una piedra que sobresalía en el techo y sentí la sangre que me corría por el rostro. También me sangraban los dedos y tenía las uñas deshechas, sin duda de asirme fuertemente a las paredes cuando tropezaba.

Me parecieron horas el tiempo que tardé en llegar a la boca del túnel. Gradualmente se hizo menos densa la oscuridad y por fin distinguí la boca de la galería con un pálido semicírculo y grité con la vana esperanza de que me oyesen.

¡Ya estaba casi junto a la boca, no faltaba más que un momento para considerarme salvado, cuando volvieron a dar salida al vapor!

Lanzando un grito de terror y desesperación volví a echar a correr por la galería. El piso de la parte final, seco antes, tenía ya más de cinco centímetros de agua y en ella caí medio inconsciente. No sé cómo no me ahogué, pero indudablemente el mismo fresco del agua al subir el nivel y bañarme la cara me revivió y me senté. El espantoso ruido continuaba y el agua seguía subiendo y me ahogaría como una rata.

Ignoro cuanto tiempo permanecí agazapado en el túnel; sólo sé que de repente cesó el ruido. Ya había tenido que ponerme de rodillas y aún así me llegaba el agua más arriba de la cintura.

Medio loco por el miedo de que volviesen a dar salida al vapor, eché a andar por la galería. Dos veces me caí al agua, pero logré ponerme de pie. Al llegar cerca de la entrada de la galería el agua me lle-

gaba a la cabeza y temía que la salida se hallase obstruida por completo, en cuyo caso podía considerarme enterrado vivo bajo el mar. Ya me llegaba el agua a los labios, pero la entrada no distaba más de un metro y la gané. Mis ojos acostumbrados a la profunda "oscuridad" pudieron descubrir a la débil luz del fondo del pozo el punto donde se hallaba la escalera; pero cuando llegué a ella con mucho trabajo vi que me era imposible alcanzarla, porque el tablón al caer había roto y arrancado la parte inferior.

Yo estaba exhausto. En cualquier momento podían volver a dar salida al vapor y nada me salvaría. Me dirigí, vadeando, hacia la bomba. Un solo paso, uno falso, me podía precipitar en la poza y ahogarme, mas por fortuna llegué sin novedad y reuniendo todas mis fuerzas me encaramé en ella y pude asirme a la cadena, por la cual trepé hasta la boca del pozo, donde me recogieron mis compañeros, que no habían sospechado el peligro que había corrido.

Cuando recobré el conocimiento me explicaron que no habían cortado antes la salida del vapor porque la caldera estaba algo distanciada de la boca del pozo, y desde allí no parecía sospechoso el ruido del vapor que se escapaba. Además, por efecto de la profundidad del pozo el vapor se condensaba antes de llegar a la superficie y, por lo tanto, no se advertía nada anormal. Sólo un momento dudaron y cortaron la salida del vapor, pero como no oyeron nada ni yo salía a la superficie creyeron que no pasaba nada y reanudaron el funcionamiento de la caldera.



En medio de la bacanal que se celebraba en el fuerte, el pirata Barbanegra hizo llamar a Scud para preguntarle dónde estaba el viejo Hands, en cuya compañía lo habían visto algunos marinos esa tarde.

—Siento muchísimo — comenzó a decir Scud —, pero el viejo Hands... le ha sucedido una desgracia...

—¿Desgracia? Mientes, perro — le gritó Barbanegra —. Lo que quieres decir es que lo mataste.

—No, capitán...; pero estaba pescando en una balsa cuando cayó al agua y se ahogó, sin que tuviera yo tiempo de salvarlo, por más que hice todo lo posible... Lo siento muchísimo, capitán.

—Está bien, muchacho — le dijo el pirata —; ahogaste a esa vieja rata y te voy a dar en premio un doblón de oro. Yo lo iba a hacer matar antes de que saliéramos para Charleston, así que me has ahorrado el trabajo... Una vez le pegué un tiro en la rodilla, pero el maldito viejo no murió.

Mientras los piratas se entregaban a la orgía en el fuerte de la isla, el viejo Hands adelantaba en su camino, poco a poco, remando y ayudándose con la pequeña vela de su canoa. A veces arrimaba a la costa y descansaba y a averiguarles a los indios en qué lugar se hallaba.

# Aunque parezca increíble...



LOS CAZADORES DE LA BAHIA DE PUGET ATRAEN LAS FOCAS CON MUSICA PARA MATARLAS,



Aunque parezca increíble, la población del mundo ha aumentado más en el siglo último que durante los miles de millares de años que el hombre habitó la tierra anteriormente. En 1830, de acuerdo con los informes más exactos, la población de la tierra era de unos 850.000.000. Durante los cien años transcurridos después de aquella fecha ha aumentado a 2.000.000.000, según el informe presentado por el Instituto de Estadística de la Liga de las Naciones.

Varias influencias han determinado ese aumento. Por ejemplo, los inventos han logrado que la población de los centros urbanos no dependa tanto para su alimentación de los campos vecinos. Ahora el residente en una ciudad puede comer pan hecho de granos que han recorrido medio mundo, y, por lo tanto, el hambre ya no es una amenaza cuando se pierden las cosechas locales.

La medicina también ha jugado papel importante en ese aumento de población. Hoy existen más probabilidades de vida, la mortalidad infantil ha disminuido y las epidemias que antes arrasaban poblaciones enteras están dominadas por la terapéutica.

América es el continente que desde 1800 ha experimentado, proporcionalmente, mayor aumento. Hasta 1860 la población del Nuevo Mundo aumentó de 10.000 a 90.000, o sea un aumento de 800 por 100. Y desde entonces el porcentaje ha disminuido. Asia es el que ha aumentado más en número.

Aunque parezca increíble, mientras la población aumenta constantemente, la proporción de nacimientos, en la mayoría de los países, disminuye de un modo considerable.

Y este problema del decrecimiento de la natalidad preocupa actualmente a todos los Gobiernos del mundo, que realizan activas y continuadas campañas para resolverlo, con vistas al incremento de la producción y a la necesidad de brazos útiles para los intereses de la patria.



James Otis, precursor de la revolución norteamericana, terminó su vida trágicamente, víctima de su mente perturbada. Este estado mental se cree que provenía de una herida de bala en el cráneo que sufrió en riña con un agente de Aduanas.

Su primera lucha importante en favor de las colonias fué el pleito ante la Corte Suprema de Massachusetts contra el Decreto de Auxilio. El discurso que hizo ante la Corte ha sido llamado el prólogo de la revolución. Durante ocho años, desde que fué llevado a la Legislatura del país hasta que fué herido, fué el director del pensamiento y el desenvolvimiento del pueblo estadounidense. Después sus actos fueron excéntricos y durante la batalla de Bunker Hill cogió un fusil y corrió al centro del combate, siendo un milagro que saliera ileso. Continuó en la Legislatura aun después que su mente estaba completamente desequilibrada. Pistola en mano, se distraía rompiendo los cristales del edificio del Estado.

James Otis, días antes de su perturbación mental, decía amenudo que cuando le llegara el momento de morir quería que un rayo lo matara. Y aunque parezca increíble, su deseo se cumplió. Un rayo lo mató en 1783, cuando estaba asomado a la ventana de su casa, en Andover, contemplando una tormenta.



Aunque parezca increíble, peces muy pequeños pueden, mejor dicho han podido, ser "sembrados" en lagos de las montañas por aeroplanos. Los peces, al caer de una altura de mil y pico de pies, aparentemente no sufren daño alguno, según los empleados de la Oficina de Peces y Caza de Quebec, los cuales han realizado experimentos en este sentido. La Oficina del Canadá ha abastecido sus lagos por medio de aeroplanos en aquellos lugares en que era difícil y costoso transportar los peces por tierra.

# Por si os hace gracia

El juez.—¿Cuántas veces ocurre que una persona busca un escape de gas con una vela encendida?  
El testigo.—Generalmente, una sola.

Un señor está mirando como un automovilista, dándose a los demonios, manipula desde hace una hora en el motor de su coche sin lograr ponerlo en marcha.

—¿Qué mira usted?—lo increpa el automovilista con los nervios de punta.—(Cómo si fuera éste el primer auto que ha visto usted en su vida!

—Si no lo es —contesta pacientemente el mirón—, se le parece mucho.



—Mi mujercita piensa siempre en todo: hoy me ha mandado una sierra para cortar el bizcocho.  
(Everybody's, Londres.)

—Despierta, José, que hay un ladrón que está registrando los bolsillos de tu pantalón.

—¡Oh! Eso es cuestión tuya. Arrégla-telas con él. Podéis dividirlos el trabajo.

—Deseo pagar este automóvil al contado.

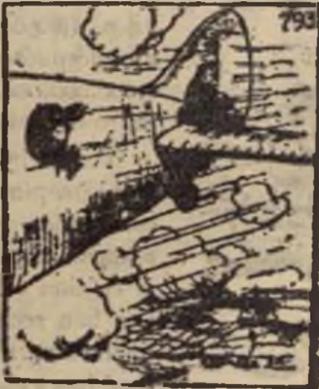
—Pero, señor... Es tan extraño esto, que me permitirá usted que le pida referencias.



—Baja de ahí, cobarde.  
—¡Primero quiero que me digas quién manda aquí!  
(Humoristicke Listy, Praga.)

—De manera que usted piensa casarse con mi hija. ¿Pero cree usted que puede darle todo lo que ella desea?

—Así lo creo.  
—¿Por qué?  
—Porque ella asegura que todo lo que ella desea soy yo.



—¿Todavía estás disgustado conmigo, querido?  
(Life, Nueva York.)

—Oye, ¿puedes prestarme dos duros?

—¿Por qué?  
—Porque he tratado muchas veces de "prestarle" dinero y he fracasado. Tú siempre lo tomas como regalo.



—Nosotros también somos cuatro gemelos, pero ésto no se estilaba en nuestra época.  
(Humorist, Londres.)

Espectador.—Esto es una farsa. Ese enano no es enano, ni tiene nada de raro. A lo menos mide 5 pies de alto.

Director de escena.—Precisamente, señor, ahí está lo extraordinario. Este es el más alto de los enanos que se conocen en el mundo; por eso lo exhibimos.

—Siempre es lo inesperado lo que ocurre, amigo Juan.

—Lo mismo pienso yo. Me acuerdo muy bien de que una vez llovió el día que la Oficina de Previsión del Tiempo lo había predicho así.

# El problema del parque zoológico



Aquí tenéis catorce animales de distintas especies que no pueden estar todos juntos. Sin embargo, si se separan en casillas de dos en dos se avendrá muy bien cada cual con su compañero. Trazando tres líneas rectas con una regla se podrá dividir este cuadro en siete casillas, de manera que queden dos animales en cada una. ¿Sabéis vosotros cómo?

—¿Cree usted en los espíritus?—pregunta una señora supersticiosa a un médico.

—De ningún modo, señora.

—¿Por qué?  
—Porque si pudieran aparecerse los espíritus de los muertos yo no podría seguir ejerciendo mi profesión.

—¿Qué sorpresa verte, Ernesto! Creía que te habías muerto.

—¿Y por qué lo creías?  
—Pues porque oí que alguien hablaba bien de ti en el café.

El profesor.—Si en una frutería se anuncian uvas a sesenta céntimos la libra, y tu madre compra cuatro libras, ¿cuánto tendrá que pagar?

El alumno.—¡Cualquiera lo sabe! No puede usted figurarse quién es mi madre regateando.



## ENTRE FAQUIRES

—¡Malditos mosquitos que no me han dejado dormir en toda la noche!  
(Candide, París.)

El jefe de la oficina.—He sabido que firta usted por teléfono con una muchacha de la central.

El empleado (con un escalofrío ante la perspectiva de su destitución).—Sí... Sí, es cierto; pero...

El jefe.—No, si está muy bien; así contestarán en seguida que nos pongamos al aparato.

—¿Siguió usted anoche mi consejo para conciliar el sueño?

—¿Cuál? ¿El de ponerme a contar?

—Sí.

—Lo seguí; estuve contando hasta diez y ocho mil.

—¿Y entonces se durmió usted?

—No; entonces me levanté, porque ya era de día.

Preguntábale a un chino si en su país había buenos médicos.

—Muy malos — contestó —, pero hay uno muy bueno, el doctor Ping, que me salvó la vida.

—¿De veras? ¿Cómo fué eso?

—Yo estaba un poco enfermo. Hice llamar al doctor Hong-Fu. Me recetó una droga. La bebí. Me puse peor... Hice llamar al doctor Fon-Yen. Me recetó otra droga. La tomé. Creí que me moría... Hice llamar al doctor Ping. Contestó que no podía venir, Me lo curado.

## Cirugía prehistórica

### La trepanación en la Edad de Piedra

Los norteamericanos están metiendo mucho ruido con un descubrimiento que uno de sus sabios acaba de hacer en la isla de Kodiak, a la altura de Alaska. Parece ser que ese investigador ha encontrado el cráneo de un hombre prehistórico, que tiene señales indudables de una trepanación cicatrizada.

Pero no es necesario ir tan lejos para ver el cráneo trepanado de un hombre que vivió miles de años antes de nuestra época. En el museo instalado en el antiguo edificio del Ayuntamiento de Niort (Francia) se exhibe ese cráneo dentro de una vitrina.

En 1840, en Bougon, cerca de Niort, el descubrimiento de un túmulo permitió encontrar un osario prehistórico que contenía 200 esqueletos.

Entre éstos figuraba un cráneo que en su parte superior tenía una abertura oval de 5 centímetros por 4, cuyos bordes presentaban huellas evidentes de cicatrización. Esto atestigua una trepanación practicada con éxito en un hombre vivo que sobrevivió a la operación. Es el cráneo de ese hombre de Bougon el que puede verse en la vitrina del museo de Niort.

Junto a esas ornamentas fueron hallados útiles de la edad de piedra, época que la ciencia moderna ha situado miles de años antes de nuestra época.

Veán nuestros cirujanos, que, muy justa y fundadamente, están orgullosos de los progresos de la ciencia quirúrgica, de su utillaje maravillosamente perfeccionado, de sus métodos asépticos, vean cómo sus antiguos colegas de la edad de piedra operaban a sus clientes valiéndose de una punta de peder-nal o de un hacha de sílex.



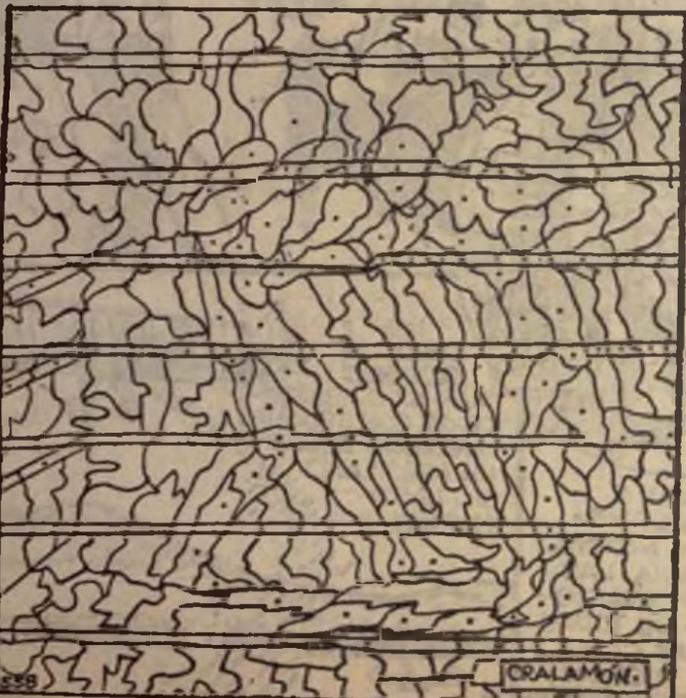
—No, ¿podría usted prestarme cincuenta duros?

—Caramba, chico; no tengo más que treinta.

—Está bien; démelos y me debe los otros veinte.

(Sempra Elze, Lisboa.)

## Mosaico



Llenando con un lápiz bien negro todos los espacios de este mosaico que aparecen marcados con un punto, surgirá una silueta interesante.